

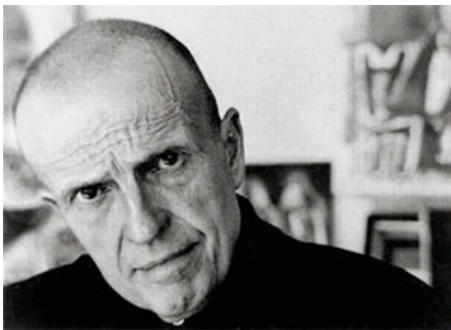
## Memorialistas & Viajeros

### Michel Leiris: “Edad de hombre”

*Bartolomé Leal, desde Santiago*

Etnógrafo comprometido, patafísico (en grado de sátrapa), dadaísta por invitación y surrealista de la primera camada, el francés Michel Leiris (1901-1990) es una de las grandes figuras intelectuales del siglo XX en su país. Aunque menos conocido y citado que Sartre, Breton o Céline, sus contemporáneos, para los aficionados al llamado “arte primitivo”, es una figura mayor, el autor de un libro clave, *África negra. La creación plástica*, que formó parte de la serie que André Malraux lanzó en la postguerra para honrar al arte mundial y que tituló *El universo de las formas*. Leiris fue también cercano al extravagante músico Eric Satie, a Antonin Artaud el dramaturgo trastornado, al cubista Jacques Lipschitz (el de las “esculturas transparentes”), entre otros vanguardistas. Así fue consolidando un gusto por lo irracional que siempre lo acompañaría.

(Una breve intromisión personal: durante los años 70 residí en París y era asiduo del Museo del Hombre, sobre todo los domingos cuando en los museos había ingreso gratuito, una buena opción para los estudiantes pobres que no íbamos a misa. Allí vi varias veces a Michel Leiris, que era director de la sección africana, acompañar a grupos de personas importantes: damas de sociedad con sus hijas o delegaciones de científicos. Me colaba para escuchar sus explicaciones, entusiastas y graves a la vez, sobre algunas obras maestras expuestas en el museo. Lo recuerdo como un sexagenario elegante y formal, aunque sin el estiramiento de los políticos o los poderosos. Me atrajo por su modesto aire de sabio).



Pues Michel Leiris escribió una autobiografía titulada *Edad de hombre*, cuando tenía entre 29 y 34 años (a la mitad de la vida, según él). Su intención fue testimoniar sobre todo el tránsito de la niñez a hombre adulto, a través de esa etapa intermedia llamada adolescencia. Puede ser un poco temprano pasarse revista a tal edad, diría cualquiera, pero hay que tener en cuenta que por entonces Leiris se hacía psicoanalizar, y la escritura de *Edad de hombre* tiene mucho de confesión en el sofá. Él mismo la califica en el prólogo de “catarsis”. Esto antes de viajar en una importante misión cultural llamada Dakar-Djibouti. Escribe: “En 1933 volví de África, habiendo al menos acabado con un mito: el del viaje en tanto medio de evasión”. El interés por los fenómenos de posesión, que observó en las sociedades africanas más primitivas, constituye su aporte más destacado a la etnología.

Sus padres fueron masones y cultivados, amantes del teatro y la ópera, vecinos del XVI *Arrondissement* de París, barrio distinguido. El padre era un hábil administrador de capitales. Nos enteramos que Leiris ya sufre los embates del amor a los siete años y que nunca dejará de tener dificultades con las mujeres. Ansía dedicarse a la literatura pero sólo le da para vendedor de libros a domicilio. Sus padres quieren que sea químico. Estudia, pero fracasa. Termina en el Sorbonne estudiando filosofía hasta que su amor al jazz se impone y, por su intermedio, llega el interés por África. Eso lo inclina por la etnografía, que será su profesión definitiva. Luego se ocupará del Caribe y Centroamérica, siempre con una postura humanista, generosa, ajena a ambiciones de figuración. Para pruebas, leer sus textos especializados. En política, adhirió sin ambages a la revolución de mayo del 68.

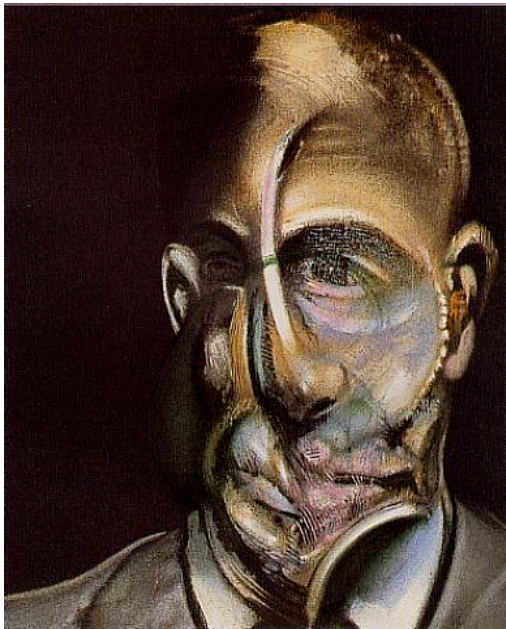
Lo que destaca en *Edad de hombre* es su honestidad sin límites, su deseo de mostrarse a sí mismo sin tapujos, sin auto conmisericordia ni benevolencia, construyendo así un personaje que es tan amplio y complejo como un personaje de novela, pero que es a la vez él mismo, rompiendo de paso los géneros. Busca que el lector sea remecido por esa ambigüedad a menudo cruel y se interrogue sobre sus propias máscaras, sus propios fantasmas. No por nada este libro está considerado una de las cumbres de la narrativa autobiográfica. Cabe decir que Leiris publicó a lo largo de su vida otros textos de este tipo, algunos ni siquiera traducidos al castellano. Afirma: “Sólo veo en el uso literario de la palabra una manera de afilar la conciencia para vivir plena e intensamente”.

El tema sexual es central y Leiris no se guarda nada. “Hace mucho que no considero el acto amoroso como algo simple sino como un acontecimiento relativamente excepcional”. Y agrega su negativa a engendrar, por entonces: “Me sería imposible hacer el amor si, al hacerlo, lo considerara distinto de un acto estéril, sin nada en común con el instinto humano de fecundar”. Expresa bien los fundamentos de la sexualidad en sus años tempranos: “El universo entero estaba encerrado casi enteramente en mí, en lo comprendido entre esos dos polos de mis preocupaciones, por una parte la ‘luna’ (mi trasero) y por otra la ‘maquinita’ (mis partes genitales)”. El acto amoroso es para Leiris, el “terreno de la verdad”, como la arena en la tauromaquia, metáfora que utiliza para un texto liminar que complementa el libro. Estas memorias se desarrollan en torno a una pintura de Cranach, “Lucrecia y Judith”, que le permiten indagar en “la turbación que engendra la presencia de lo sagrado en la emoción sexual”.

No tengo por qué dar consejos que nadie me ha pedido, pero a mis amigos jóvenes que andan cerca de los 30 años, que aman la escritura, les recomendaría redactar sus memorias o recuerdos tal como los perciben ahora, con la profusión de detalles que les plazca, sin tapujos, como lo hizo Michel Leiris en la línea de los escritos de ilustres predecesores como Chateaubriand, Rousseau o Malraux, ¿Por qué? Porque después, por lo general, acontecen en la vida cosas mucho más importantes y, por lo tanto, es conveniente registrar aquello todavía fresco, vívido en la memoria, lo que este autor el llama el paso “del caos milagroso de la infancia al orden feroz de la virilidad”. Los prejuicios de época que se nos imponen, las modas (sobre todo en estos tiempos mediáticos) que condicionaron fuertemente nuestro futuro, los miedos o los deseos inexpresables. Eso hay que tratar de atraparlos antes que se oculten, se haga difuso y a la postre se borre.

(Supe mucho después que a fines de los años 80, un motín de funcionarios había hecho salir a Michel Leiris de su cargo en el Museo del Hombre, y que en su oficina habían puesto un candado para impedir su entrada. Al parecer se había transformado en un hombre insoportable. Un “africanista” de otra época, sospechoso de paternalismo, él, que llegó a ser procesado por negarse a apoyar el colonialismo en Argelia. En este año 2011 el venerable Museo del Hombre en París está cerrado, al parecer debido a una dudosa “modernización”. Hasta en los países más desarrollados y cultos se cuecen habas, ¿no?).

Dice Leiris: “Apenas concibo el amor de otra manera que en el tormento y en las lágrimas; nada me emociona ni me excita tanto como una mujer que llora... Remontando hacia mí más tierna infancia, vuelvo a encontrar recuerdos con historias de *mujeres heridas*”. Dura confesión, ¿no es así?



Leiris por Francis Bacon



Leiris por Giacometti